

**COMO  
GOTAS EN  
LA PIEL  
BLANCA  
TÚNEZ**

BOOKISS, 2022  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

# **BOOKISS**

Primera edición, septiembre 2022  
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-30-1  
Depósito Legal: CS 611-2022  
Copyright © 2022 Blanca Túnez  
Copyright © de la cubierta: Borja Puig  
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock  
Corrección: Ana María Benítez

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A esa casualidad que nunca esperaste y se  
convirtió en parte de tu vida.



# PRÓLOGO

*Año 2017, Nueva York*

Maddy salía de la biblioteca con aspecto cansado, llevaba allí desde la hora del almuerzo y apenas había salido. Necesitaba estudiar todo lo posible para sus exámenes finales y el único modo de concentrarse era encerrarse allí junto con los libros, su portátil y sus auriculares con música suave para alejarse del exterior.

Su móvil vibró cuando estaba llegando a la parada de metro para regresar a casa. Confundida, lo sacó del bolso y frunció el ceño al ver el nombre de Andrew en la pantalla con un mensaje.

Lo siento, no puedo volver a casa. Me voy a quedar aquí, lo mejor es dejarlo y que cada uno siga con su vida

Indignada por el significado de ese mensaje, marcó su número, comenzando a caminar por la calle. Rumió un insulto cuando Andrew no respondió e intentó respirar hondo para no cabrearse, porque en el fondo sabía que era lo mejor. Llevaban meses discutiendo por teléfono porque apenas se veían desde que él había decidido cambiar de universidad cuando descubrió que había otro programa más interesante en la universidad de Jersey. Se veían un par de fines de semana al mes si tenían suerte y casi siempre terminaban discutiendo por cualquier cosa, por insignificante que fuera.

Maddy era de mediana estatura, con el pelo castaño casi rubio a media espalda y unos ojos grandes del color del

caramelo, una nariz fina y puntiaguda, y unos labios casi gruesos. Estaba estudiando Medicina y los últimos meses los había pasado enterrada entre libros, por lo que no quería comprender los celos absurdos de Andrew cuando le exigía explicaciones si la veía en una foto en un bar tomando algo con sus amigas.

Cuando se dio cuenta de hacia dónde le habían llevado sus pasos, hizo una mueca lastimera. Pero no dio la vuelta, sino que llamó al timbre de la casa de su hermano, porque necesitaba hablar con alguien. Esperó un par de segundos y frunció los labios al escuchar risas al otro lado de la puerta antes de que se abriera. Un hombre unos siete años mayor que ella abrió la puerta, poniéndose una camiseta y diciendo algo por encima de su hombro. Se parecía bastante a Maddy salvo por la nariz, ligeramente torcida, y los labios, que eran un poco más finos. Pero esos ojos color caramelo eran idénticos.

—¿Qué haces aquí, enana? —preguntó ampliando la sonrisa, haciéndose a un lado para dejarla pasar.

—Pasaba por el barrio —mintió encogiéndose de hombros levemente.

—Pasa, no te quedes ahí parada. —Se rio, cogiéndola del brazo para obligarla a entrar.

Era una casa muy bonita, de paredes blancas y mobiliario caoba. Destacaba un sofá azul frente a la televisión, con una enorme estantería repleta de libros y películas. Una chica rubia estaba sentada en el sofá, pasándose las manos por el pelo para decentarse, y Maddy se sintió mal por haberlos interrumpido.

—Siento interrumpir, en serio —murmuró mirándolos a ambos, avergonzada.

—No seas boba, ven. —Sonrió ella, dando un par de toquitos a su lado en el sofá—. Creía que estarías en la biblioteca estudiando, ¿ha pasado algo?

Nick le quitó a su hermana el bolso y el abrigo para colgarlos en el perchero, haciéndole fruncir el ceño. Después la arrastró hasta el sofá y la hizo sentarse al lado de Meredith, que intentaba no reírse por los gestos de Nick.

—Sé andar, ¿sabes? —replicó Maddy entrecerrando los ojos.

—No lo parece. —Sonrió ampliamente, sentándose al lado de Meredith—. A ver, ¿para qué has interrumpido nuestra noche romántica de pelis moñas y palomitas? —preguntó con cansancio, pasando un brazo por encima del respaldo del sofá.

—¡Nick! —se quejó Meredith dándole un golpe en el estómago, y le dio otro cuando se quejó—. Cállate, no ha venido a verte a ti.

—Es mi hermana pequeña, ¿recuerdas? —preguntó cogiendo su mano para entrelazar los dedos y asegurarse de que no volvía a golpearle.

—De lo que me acuerdo es de lo idiota que puedes llegar a ser —se burló poniendo los ojos en blanco. Nick se carcajeó, inclinándose hacia ella para besarla—. Compórtate, ¿entendido?

Maddy seguía en silencio, observando la bonita relación que habían creado entre ellos después de tantos obstáculos, y sintió envidia de ese amor que veía en los ojos de ambos cuando se miraban mutuamente.

—Andrew me ha dejado por mensaje y no me coge el móvil —murmuró soltando el aire que había estado reteniendo.

Dos pares de ojos la miraron con cierta sorpresa y preocupación. Meredith soltó a Nick para acercarse a su cuñada, y pasó un brazo alrededor de Maddy para abrazarla. Pero ella negó con la cabeza, molesta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nick con voz suave, inclinándose hacia delante para mirarla—. Creía que os iba bien.

—Nos iba de puta pena. —Resopló, dejándose caer en el respaldo del sofá. Luego se apartó el pelo de la cara, mordiendo su labio inferior—. No sé qué es peor, que me haya dejado por mensaje o que no me duela que lo haya hecho —susurró sorprendida para sí misma, mirando el cuadro impresionista que tenían en la pared.

—No te entiendo —dijo Meredith mirándola con confusión—. ¿Ya no le quieres?

Maddy resopló con una sonrisa amarga. Se incorporó, negando con la cabeza, para levantarse y marcharse. Pero Nick la imitó y se colocó delante de ella para hacer que lo mirase.

—No pasa nada, ¿vale? Puedes desahogarte todo lo que necesites, te escucharemos.

—Se supone que tengo que estar enfadada porque me haya dejado por mensaje, ¿no? —Frunció el ceño confundida—. Pero no lo estoy, ni siquiera estoy sorprendida y... —Dejó caer la cabeza hacia atrás, respirando hondo e intentando encontrar las palabras adecuadas—. Han sido cinco años de discusiones, reconciliaciones absurdas, de que él se vaya a otro estado porque dice que la universidad es mejor y yo me centre en la carrera. De solo vernos dos veces al mes y discutir hasta la saciedad. —Arrugó la nariz, incómoda por no sentir nada—. No lo entiendo, ¿qué hemos hecho mal para terminar así?

—Algunas veces las relaciones no funcionan —murmuró Meredith con voz suave, tendiéndole la mano para que se sentara de nuevo—. Es normal si ambos os habéis centrado en la carrera y...

—¿También es normal que se pusiera celoso como si yo estuviese liándome con cualquiera por ahí por salir simplemente con mis amigas a tomar una cerveza un viernes por la noche? —preguntó con tristeza, sentándose a su lado—. No es como el chico con el que empecé a salir, Mer.

Nick se perdió por la cocina al entrar en el pasillo y Maddy se dejó abrazar por Meredith, porque necesitaba un poquito de consuelo para convencerse de que no era una mala persona por no sentir nada.

—¿Y si ha sido culpa mía por centrarme tanto en estudiar? —preguntó en voz baja—. Ya ni siquiera dormíamos juntos cuando nos veíamos y apenas me tocaba.

—Eso no es por los estudios.

—¿Es porque tiene a otra? —preguntó preocupada, girándose para mirarla—. ¿Crees que me ha estado engañando todo este tiempo, como decía Nicole?

—No lo sé, Maddy, pero no te tortures con eso —pidió pasando los dedos por su melena—. Las personas cambian cuando lo hacen las circunstancias.

Maddy negó con la cabeza, acurrucándose en su abrazo, y sonrió de medio lado con tristeza cuando Nick apareció con una taza humeante de chocolate caliente con nuecitas, lo que siempre le llevaba cuando estaba triste o disgustada.

—Siento haberos estropeado la cita, chicos —murmuró avergonzada, mirando a Nick con cierta tristeza cuando se sentó en la mesita de café frente a ella—. No quería llamar a

Nicole y que me soltara la charla, Scarlet y Sophia no están y...

—¿Nos has utilizado como último recurso? —preguntó llevándose una mano al pecho, fingiendo estar ofendido—. Te quedas sin chocolate, que lo sepas.

Maddy se carcajeó, negando con la cabeza, y se levantó para abrazar a su hermano estrechamente. Lo quería con locura, podía recurrir a él para la cosa más insignificante y siempre la hacía reír, incluso cuando parecía imposible. Danny, su otro hermano mayor, le habría echado la charla por lo que había pasado y era lo último que necesitaba, por eso sus pasos la habían conducido directamente a ellos.

—Llama a mamá y quédate a dormir aquí, ¿vale? —dijo Nick en su oído antes de soltarla—. Es tarde para que vuelvas a casa sola y no me apetece nada coger el coche.

—Vale, pero tendréis que ser silenciosos —respondió con malicia, mirándolo divertida cuando entrecerró los ojos—. No me apetece escuchar vuestros escarceos amorosos, ¿vale? Un poquito de empatía, por favor —añadió con una risa, quitándole la taza de las manos para darle un trago y sentarse junto a Meredith, que se reía en silencio.

—¿Quieres dormir en la caseta del perro? —preguntó ofendido, señalando hacia la cocina.

—No tenéis perro. —Se rio contra el borde de la taza.

—Pues por eso. Calladita o a la calle, ¿entendido?

Maddy puso los ojos en blanco, conteniendo la risa, pero se carcajeó cuando Nick se sentó a su lado para poner la película que tenían preparada. Meredith le dio un pequeño pellizco para que se callara, pero no pudo evitar hablar cuando Nick cogió el cuenco de palomitas y se llenó la boca.

—Así que os ponéis a Ryan Reynolds para vuestras citas, interesante —asintió pensativa, y le dio otro trago a la taza antes de añadir—: No sabía que tuvieras estos gustos, hermanito.

—Se acabó, a la calle.

Maddy gritó entre risas cuando Nick se levantó de un salto, dejando las palomitas en la mesita de café, le quitó la taza para dejarla en las manos de Meredith y tiró de su hermana para cargársela al hombro. Cuando Nick comenzó a caminar por el pasillo y Maddy se dio cuenta de que la iba a encerrar en una de las habitaciones, comenzó a darle golpecitos en la espalda para que la bajase, pero no podía aguantar la risa.

—Nick —lo llamó entre carcajadas.

—No te hablo.

—Nick —repitió pasando los brazos alrededor de su cintura.

—Suelta —dijo dándole un toquecito en el antebrazo.

—Solo era una broma —murmuró conteniendo la risa. Gritó cuando su hermano la tiró encima de la cama de la habitación de invitados y comenzó a hacerle cosquillas sin piedad—. ¡No! ¡Para! ¡Mer, ayúdame!

Las risas llenaron la habitación durante unos minutos hasta que Maddy no pudo más y Nick se dejó caer al lado de su hermana. Maddy dejó de reír poco a poco y, cuando sintió la mirada de Nick sobre ella, respiró hondo soltando el aire despacio.

—¿Crees que tengo un carácter complicado para tener una relación estable? —preguntó Maddy en voz baja, tragando saliva al girar la cara hacia su hermano con la mirada cargada de incertidumbre.

—Creo que eres perfecta tal y como eres y que se equivoca, sea lo que sea lo que haya pasado —respondió con voz suave, girándose hacia ella y apoyándose en un codo para poder mirarla mejor—. Si te quiere de verdad, no necesitará cambiarte.

—Me merezco algo más que un mensaje, ¿verdad? —preguntó con tristeza, controlando las lágrimas, que no habían aflorado hasta ese momento—. Al menos, una llamada después de cinco años juntos y...

—Te llamaré, Maddy, estoy seguro.

Maddy negó con la cabeza, mirando hacia el techo, y varias lágrimas resbalaron por sus sienes antes de que Nick respirase hondo, se acomodase sobre las almohadas y tirase de ella para abrazarla con fuerza antes de que se echase a llorar.

Maddy era fuerte, controlaba sus emociones mucho mejor que años atrás y se negaba a llorar por un chico. Pero Andrew era su chico, ese del que había estado enamorada durante cinco años y con el que había compartido primeras veces y sueños. Necesitaba una explicación y que su mente dejase de decirle que la había dejado por su carácter rebelde y terco respecto a algunas cosas, por negarse a cambiar de universidad con él. Se mortificaba por haberle querido con pasión esos años y que en los últimos meses tuviera la sensación de que algo se había roto entre ellos, y que ese era el motivo de tanta discusión y de no verse. Tenía muchas preguntas que hacerle para intentar comprender lo que ocurría, pero algo en su interior le decía que no iba a responder ni sus llamadas ni sus mensajes.

Se quedó dormida entre sollozos, abrazada a su hermano y envuelta en el edredón que Meredith le puso por encima

cuando se hizo tarde. Nick se cambió a su habitación cuando se aseguró de que su hermana estaba profundamente dormida, abrazada a la almohada que había ocupado él.

—¿Tú sabías que tenían problemas? —preguntó Nick preocupado, quitándose la ropa y mirando a Meredith con el ceño fruncido—. Como la haya estado engañando, le pego un tiro.

—Nick... —Sonrió enternecida cuando se subió a la cama, arrastrándose hacia ella. Se sentó para mirarlo de cerca—. Esto es algo de tu hermana, ¿vale? Es ella quien tiene que solucionarlo, no puedes meterte porque...

—Lo sé. Es su vida privada y no es algo en lo que deba meterme, blablablá —murmuró molesto. Se acercó más a ella, quedando a horcajadas sobre sus piernas—. Es mi hermanita y le prometí que le daría una paliza al que se atreviera a hacerle daño. Ese chico no se la merece por hacerla llorar.

—Lo sé, cualquiera que la haga llorar no se la merece. Pero piensa que es adulta y que tiene que aprender a superar un desengaño amoroso, como hemos hecho todos —respondió con voz suave, pasando las manos por sus brazos—. Deja que exteriorice y después se sentirá mejor. Hay pocas cosas que una noche de chicas y helado no puedan solucionar —añadió con media sonrisa, encogiéndose de hombros.

—¿Seguro que no puedo ir a buscarlo a Jersey y darle una paliza? —preguntó contrariado, inclinándose hacia ella despacio.

—No, no puedes. —Se rio enternecida, pasando las manos por su nuca para atraerlo a su boca—. Deja que sea ella quien lo solucione, lo digo en serio —añadió, mirándolo desde abajo.

Nick asintió con resignación antes de besarla durante unos largos segundos. Después se cubrieron con el edredón e intentaron hacer el menor ruido posible.

# CAPÍTULO 1

*Año 2018, Nueva York*

Travis acababa de bajar del coche con aspecto cansado. Eran cerca de las siete y había pasado gran parte del día pegado a una pantalla de ordenador, creando un nuevo diseño para un personaje de videojuego que su jefa le había pedido. Entró en el edificio mirando los mensajes que tenía de su hermana, su madre y su exnovia, a la que no veía desde hacía casi dos años. Subió al ascensor para llegar a la octava planta y se apoyó en la pared, leyendo los mensajes: su madre quería saber si iría a comer el domingo; y su hermana, si podría dejarle a su hija para que la cuidase ese mismo jueves porque tenía que hacer un viaje de trabajo.

Resoplando, salió del ascensor marcando el número de Jane. Cuando abrió la puerta de su piso, frunció el ceño al encontrar una nota en el suelo. Se agachó para recogerla al mismo tiempo que Jane descolgaba con mucho ruido a su alrededor y la voz de su sobrina Lizzie canturreando una canción de una de sus películas de dibujos favorita.

—¿Dónde narices estás metida? —preguntó Travis, apartándose el móvil de la oreja por un segundo.

—*En casa. Está siendo un día de locos porque Lizzie ha estado con fiebre, en el trabajo no me dejan tranquila y...*

—¿Y por qué no le dices a mamá que te ayude? —preguntó preocupado, sobre todo cuando la escuchó resoplar—. Jane, no tiene nada de malo que le pidas ayuda, ¿vale? Estás en mitad de una reubicación en el trabajo y la niña puede superarte, es normal.

—*No, no es normal en absoluto* —se quejó al borde de las lágrimas—. *Si no lo hago bien, querrá intentar quitarme la custodia. Y solo tiene cuatro años, Travis, es mi bebé y...*

—Oye, no empieces con eso, ¿de acuerdo? —preguntó confundido, metiéndose en la cocina—. Mira, mañana termino a las cinco, así que puedo pasar a recogerla y me la traigo a casa. Tengo el fin de semana a tope de trabajo, pero puedo arreglármelas. ¿A dónde tienes que ir esta vez?

—*A Manhattan. No puedo decir que no de nuevo, mi jefe se está comportando como un capullo y apenas me da un respiro* —murmuró agobiada, alejándose del ruido un poco—. *Lo siento, Travis, pero, si le pido ayuda a mamá, querrá que nos mudemos con ella porque... Pondrá mil excusas para hacerme sentir que no puedo cuidar de mi hija, y no pienso consentirlo.*

—Lo sé —asintió, respirando hondo—. Hagamos una cosa, voy a cenar contigo y te desahogas un poco. Pero, a cambio, quiero una torre interminable de esas deliciosas galletas que haces —añadió con media sonrisa, abriendo la nevera para sacar una botella de agua.

—*Eres el mejor, ¿sabes?* —respondió enternecida—. *Tengo poca cosa para hacer cena, no me ha dado tiempo a comprar hoy, pero...*

—Yo me encargo de eso.

—*Travis...*

—Quiero mis galletas, cállate. —Sonrió, metiendo la botella en la nevera de nuevo—. Te veo en una hora. No dejes que mi sobrina se duerma, ¿vale?

Colgó escuchando a su hermana reír con tono cansado. Él se apoyó en la encimera, bebiendo de su vaso con un pequeño suspiro. Lo metió en el fregadero una vez vacío y se encaminó a la puerta de nuevo con las llaves en la mano.

Al llegar a la calle, se subió a la moto y se dirigió a un supermercado cercano a la casa de su hermana para hacer una pequeña compra e intentar que dejase de estar tan agobiada.

Vivían en New Haven, pero, cuando Jane se trasladó a Nueva York al casarse con Leonard, su relación se resintió un poco porque estaban muy unidos. Se llevaban dos años y siempre lo habían hecho todo juntos. Por eso, cuando le ofrecieron un puesto en Nueva York para crear videojuegos, no lo dudó y se mudó. De eso hacía unos cuatro años y estaba contento con el cambio, aunque un poco cansado por el cargo que tenía en la empresa. Su madre se había mudado hacía tres años al enviudar cuando su padre sufrió un infarto y no llegaron a tiempo al hospital. Karla quería estar cerca de sus hijos para no sentirse tan sola y, aunque no era su intención, intentaba estar en cada momento de sus vidas, llegando a agobiarlos.

Tal y como le había dicho, llegó al edificio de su hermana, entró en el portal cuando una de las vecinas salía y subió al ascensor cargado con dos bolsas de papel marrón repletas de comida. Cuando llegó a la puerta, dejó las bolsas en el suelo y llamó al timbre. Un par de segundos después, esta se abrió dejando aparecer a una mujer bajita, de pelo castaño al igual que sus ojos, con una nariz pequeña y labios finos, que parecía agotada. No tuvo tiempo más que de dejar un beso en la mejilla de su hermana cuando un torbellino castaño apareció corriendo hacia él con una risa. Travis se agachó para cogerla en brazos y besuquear la cara de su sobrina. Travis se parecía mucho a su hermana, aunque sus rasgos estaban más marcados y su cuerpo estaba definido por el ejercicio que hacía cuando tenía tiempo. Sus ojos eran verdes y unas espesas pestañas le daban sombra. Llevaba el pelo un poco

largo y desordenado, por lo que algunas veces lo recogía en una coleta o simplemente lo dejaba suelto sin preocuparse demasiado.

—¿Vas a quedarte a dormir? —preguntó Lizzie, mirándolo esperanzada, cuando la dejó en el suelo para coger la bolsa más pesada del rellano—. Mami dice que vas a quedarte.

—¿Mami ha dicho eso? —preguntó divertido, alzando una ceja hacia Jane, que alzó las manos desentendiéndose. Escondiendo una risa, se agachó de nuevo frente a su sobrina para colocar su melena tras los hombros antes de tenderle un paquete de cereales—. ¿Me ayudas a llevar esto a la cocina mientras pienso si me quedo?

Lizzie aceptó el paquete y entró en el piso de nuevo, haciéndolos reír. Jane cogió la otra bolsa y sonrió cuando Travis pasó un brazo por encima de sus hombros para caminar juntos hacia la cocina.

—¿Quieres contarme lo que ocurre realmente? —preguntó con voz suave cuando llegaron a la cocina, comenzando a sacar la compra.

—Te has pasado comprando cosas, te tengo dicho que...

—Jane... —la llamó preocupado, frunciendo el ceño al escucharla resoplar de nuevo—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Leo quiere quedarse con la niña todos los fines de semana para llevársela con esa mujer y no quiero que lo haga —explicó con rapidez, encogiéndose de hombros al llevar la verdura al frigorífico—. Creo que viajan cada fin de semana y...

—Es normal que quiera ver a su hija, no es tan mal tío.

—No estoy diciendo eso. —Se giró para mirarlo con seriedad—. Ya sé que no es mal tío, he estado casada con él diez años.

—¿Entonces dónde está el problema?

—En que él está rehaciendo su vida muy rápido y yo siento que estoy estancada, ¿vale? Es difícil tener una cita con una niña de cuatro años correteando por casa y... —Se pasó las manos por el pelo hacia atrás, tensa—. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no me acuesto con un hombre?

—No quiero saber esas cosas —murmuró con gesto serio, cogiendo la carne para meterla en la nevera, haciendo a su hermana reír—. No me interesa hablar de sexo contigo.

—Necesito las mismas cosas que tú, no tiene nada de malo —se defendió, poniendo una sartén a calentar.

—Tampoco lo tiene que le digas a Leo que se quede con Lizzie este fin de semana y que te sueltes la melena en Manhattan —respondió con voz suave, mirándola atentamente—. Han pasado dos años desde el divorcio, Jane, creo que ya estás preparada para intentarlo de nuevo.

Jane lo miró con inseguridad. Esos diez años que había pasado con Leonard habían sido diferentes a su vida en general, se habían conocido en la universidad y todo surgió sin planearlo. Comenzaron a salir y se enamoraron. Después vivieron juntos, se casaron y se mudaron a Nueva York justo cuando se enteraron de su embarazo. Su relación había sido maravillosa, pero la monotonía fue ganando terreno y la llama se apagó, aunque intentaron revivirla sin éxito. Decidieron divorciarse de mutuo acuerdo para no hacerse daño y habían quedado como amigos, algo muy complicado tras quince años de relación, pero su hija se merecía una buena relación entre sus padres.

—¿Crees que podrá quedarse con ella? —preguntó con inseguridad, apoyándose en la encimera.

—No lo sabrás si no preguntas. —Sonrió, encogiéndose de hombros levemente.

—Mañana se lo diré. —Se contagió de su sonrisa, sobre todo cuando Lizzie apareció llamándolo—. Cariño, vamos a preparar la cena, después juega contigo.

—Pero...

—¿Quieres que convenza a mami para que haga galletas con un millón de chispas de chocolate? —preguntó Travis con una sonrisa pícaro, agachándose frente a ella con una bolsa grande de chispas de chocolate, que agitó cuando la niña se cruzó de brazos—. Vamos, nos encantan las galletas de mami, no me digas que no.

—Quiero jugar a las muñecas —respondió con gesto serio, mirándolo fijamente—. Me lo prometiste.

—Está bien. —Suspiró con resignación, poniéndose de pie—. Pero me pido la muñeca de pelo violeta.

—¡No, Chelsea es mi favorita! —se quejó, casi horrorizada.

—Me la he pedido primero. —Sonrió enternecido, encogiéndose de hombros.

Lizzie pateó durante un segundo, entrecerró los ojos y salió corriendo hacia su habitación, haciéndolos reír.

—Ahora esconderá la muñeca para que no puedas jugar, ¿lo sabes, verdad? —preguntó Jane divertida, escuchando a su hija remover los cajones.

—Deja que se entretenga un rato. —Sonrió, dándole un ligero toque con la cadera—. Llámale, ¿vale? Si no puede quedarse con él, tengo que organizarme.

Jane amplió su sonrisa, se puso de puntillas para besar su mejilla y, después, salió de la cocina con el móvil en la mano para llamar a Leonard. Que, para satisfacción de Travis, no puso ninguna objeción para quedarse con Lizzie ese fin de semana, totalmente al contrario.